

BREVE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA*

Por Jesús SILVA HERZOG

EL 24 DE JUNIO de 1908, en la población de Viesca, Coahuila, Benito Ibarra acompañado de unos cuantos individuos se levantó en armas en contra del Gobierno de don Porfirio. Dos días después hacía lo mismo Antonio de P. Araujo en Las Vacas, lugar perteneciente también al Estado de Coahuila; mas el movimiento armado de mayor importancia fue el de 1º de julio en Palomas, Chih., capitaneado por Enrique Flores Magón; José Inés Salazar, Práxedes Guerrero y Francisco Manrique. Todos estos levantamientos obedecieron a planes del Partido Liberal y se apoyaban en los principios del Manifiesto de San Luis Missouri. Pero probablemente fueron prematuros. El país no estaba aún preparado para la Revolución y fueron fácilmente sofocados por las tropas del Gobierno.

Dos años más tarde, el 4 de junio de 1910, la población de Valladolid, Yuc., fue teatro de muy graves sucesos. Los habitantes ya no pudieron soportar los malos tratos y las arbitrariedades del jefe político, Luis Felipe Regil; y encabezados por Miguel R. Ponce y Claudio Alcocer se apoderaron de la población en actitud francamente rebelde y asesinaron a Regil. Fue menester enviar tropas en gran número para recobrar la plaza, lo cual sólo pudo conseguirse después de una verdadera batalla.

Gabriel Leyva, también a mediados de 1910, se levantó en armas en el Estado de Sinaloa. Su lucha por conquistar la libertad solamente duró unas pocas semanas. Fue vencido en un combate por las fuerzas federales y desde luego pasado por las armas.

Los hechos a que se hace referencia ponen de relieve el creciente descontento que reinaba en la nación a fines de la pri-

mera década del siglo. Las causas de tal descontento las explicaba Blas Urrea, ilustre escritor político, en la forma siguiente:

“El caciquismo: o sea la presión despótica ejercida por las autoridades locales que están en contacto con las clases proletarias, y la cual se hace sentir por medio del contingente, de prisiones arbitrarias, de la ley fuga, y de otras múltiples formas de hostilidad y de entorpecimiento a la libertad del trabajo.

“El peonismo: o sea la esclavitud de hecho o servidumbre feudal en que se encuentra el peón jornalero, sobre todo de enganchado o deportado al sureste del país, y que subsiste debido a los privilegios económicos, políticos y judiciales de que goza el hacendado.

“El fabriquismo: o sea la servidumbre personal y económica a que se halla sometido de hecho el obrero fabril, a causa de la situación privilegiada de que goza en lo económico y en lo político el patrón, como consecuencia de la protección sistemática que se ha creído necesario impartir a la industria.

“El hacendismo: o sea la presión económica y la competencia ventajosa que la gran propiedad rural ejerce sobre la pequeña, a la sombra de la desigualdad en el impuesto, y de una multitud de privilegios de que goza aquélla en lo económico y en lo político y que produce la constante absorción de la pequeña propiedad agraria por la grande.

“El cientificismo: o sea el acaparamiento comercial y financiero y la competencia ventajosa que ejercen los grandes negocios sobre los pequeños, como consecuencia de la protección oficial y de la influencia política que sus directores pueden poner al servicio de aquéllos.

“El extranjerismo: o sea el predominio y la competencia ventajosa que ejercen en todo género de actividades los ex-

* Capítulo de la obra del mismo nombre que publicará el Fondo de Cultura Económica.



tranjeros sobre los nacionales, a causa de la situación privilegiada que les resulta de la desmedida protección que reciben de las autoridades y del apoyo y vigilancia de sus representantes diplomáticos.”

Blas Urrea veía con bastante claridad los problemas que agitaban la República y la necesidad urgente de resolverlos. Y como el Gobierno porfirista no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo, no conocía la realidad imperante; la Revolución era inevitable.

En cuanto se imprimió el Plan de San Luis fue enviado por correo de San Antonio, Texas, a diferentes lugares de México y a los más adictos partidarios de don Francisco I. Madero y de la idea de organizar un movimiento armado para derrocar al régimen porfirista. Por supuesto que el Gobierno se dio cuenta bien pronto de los planes sediciosos de Madero y de sus asociados, por lo cual comenzó a tomar precauciones y a vigilar de cerca a los más conocidos partidarios del antirreeleccionismo. El 13 de noviembre fueron aprehendidos en la capital de la República algunos de los más destacados maderistas. Sin embargo, desde mediados de octubre iban a San Antonio, Texas, a recibir instrucciones de Madero numerosos correligionarios que regresaban a diferentes lugares del país a organizar la lucha armada. Por aquellos días de fines de octubre y principios de noviembre, Madero, sus familiares y amigos, según lo refirió más tarde el licenciado Roque Estrada, estaban llenos de optimismo en cuanto al éxito de la Revolución. El propio Madero, por ejemplo, creía que en dos semanas se alcanzaría la victoria en todo el territorio nacional.

El 18 de noviembre, dos días antes del señalado en el Plan de San Luis para el levantamiento general, sucedió algo muy grave en la ciudad de Puebla, al presentarse el jefe de la policía, Miguel Cabrera, acompañado de varios policías en la casa del señor Aquiles Serdán, conocido y muy destacado dirigente maderista. Cabrera, pistola en mano, quiso penetrar en la casa para practicar un cateo, pues tenía noticias de que allí se ocultaban buenas cantidades de rifles y parque; y como esto era cierto y Aquiles Serdán se hallaba por lo tanto seriamente comprometido, ya que estaba resuelto a levantarse en armas el día 20, de seguro pensó que había que iniciar la lucha desde luego y que además ya no le quedaba ningún otro camino. Rifle en mano se encará a Cabrera y lo mató de un certero balazo en la frente. Poco después comenzó una verdadera pequeña batalla que duró alrededor de cuatro horas. Un batallón completo atacó la casa de Serdán, defendida por un puñado de valientes. Se refirió entonces que hasta las mujeres participaron en la lucha, cargando los rifles y animando a los varones. Se les agotó al fin el parque y tuvieron que rendirse. Al entrar los soldados a la casa, con toda clase de precauciones, solamente encontraron a unas cuantas mujeres. Los hombres habían muerto; pero no estaba entre los cadáveres el jefe de la casa. Al día siguiente en la madrugada, al salir Aquiles Serdán de un escondite cavado en el piso de la sala, fue asesinado por el soldado que estaba de guardia en la habitación. Así en lucha heroica en el centro del país comenzó la Revolución Mexicana, que iba a transformar profundamente en breve plazo la fisonomía de la nación en múltiples aspectos de su vida social.

En el libro de López Portillo y Rojas titulado *Elevación y caída de Porfirio Díaz* se lee que “llegó el 20 de noviembre y el pueblo mexicano parecía no responder al llamado de Madero. Esta primera desilusión abatió profundamente el ánimo de la familia [Madero], quien creyó que todo estaba perdido, y hasta llegó a resolver en consejo, que Francisco I. Madero saliera para Cuba; y los oficiales que rodeaban a Madero fueran despedidos”. Lo que ocurrió fue que las noticias de los levantamientos en Chihuahua llegaron a San Antonio, Texas, donde se había refugiado el Caudillo, hasta los primeros días de diciembre. Inmediatamente renació el optimismo y los recursos de la mayor parte de la acaudalada familia Madero se invirtieron en la aventura revolucionaria. Desde luego se organizaron nuevas expediciones y se hicieron compras de armas y parque, para lo cual se contó con el disimulo de las autoridades norteamericanas, que ya no veían con simpatía al Gobierno de don Porfirio. Esto, como siempre, a causa de que tal Gobierno no se mostraba dócil a los deseos de la Casa Blanca.

Abraham González fue quien organizó los levantamientos armados en Chihuahua. El 20 de noviembre se levantó Pascual Orozco en San Isidro; José de la Luz Blanco en Santo Tomás; Francisco Villa en San Andrés, muy cerca de la capital del Estado; y un día después Guillermo Baca se apoderó de la importante población de Parral, la que tuvo que

abandonar al día siguiente por la superioridad de las fuerzas federales que marcharon a recuperar la plaza. Por aquellos mismos días hubo otros levantamientos de menor importancia en los Estados de Coahuila y Durango.

Al principio los cabecillas revolucionarios, gente desconocida y por consiguiente sin ningún prestigio en el país, se hallaban acompañados solamente de unos cuantos hombres, por lo que el Gobierno creyó fácil acabar con ellos en breve plazo como había ocurrido en casos anteriores; pero en esta ocasión todo iba a desenvolverse de modo distinto, porque se habían creado ya las condiciones sociales favorables al movimiento revolucionario. Los pequeños grupos de Pascual Orozco, José de la Luz Blanco, Francisco Villa y otros, fueron creciendo cada día con excelentes tiradores y buenos jinetes hasta formar guerrillas que solían derrotar a las tropas de línea. En Pedernales, Ciudad Guerrero y Mal Paso, los revolucionarios obtuvieron las primeras victorias de significación. En Mal Paso, un soldado orozquista de caballería, en lo más reñido del combate, penetró en el campo enemigo a carrera tendida y lazó una ametralladora, que fue la primera que utilizaron los alzados.

Entre los meses de enero y febrero de 1911, hubo otros levantamientos en diferentes lugares de la nación. Luis Moya se levantó en armas en las cercanías de Nieves, Zac., y después de una breve y brillante carrera militar murió al atacar la población de Sombrerete del mismo Estado.

La campaña en contra de los alzados de Chihuahua la dirige desde la capital de la República, por enfermedad del Presidente, su hijo el teniente coronel Porfirio Díaz, asesorado por sus amigos, militares del mismo o de menor grado, sin experiencia y sin conocimiento del terreno en que se desarrollaban las operaciones militares. Por supuesto que se cometieron con frecuencia serios errores que aprovecharon las guerrillas revolucionarias.

El 14 de febrero, por un punto no lejos de Ciudad Juárez, entró a territorio nacional el señor Francisco I. Madero, acompañado de algunos de sus partidarios. La noticia se extendió rápidamente y produjo animación y entusiasmo en las filas rebeldes. Semanas después, el 6 de marzo, Madero con sus mejores tropas atacó la importante plaza de Casas Grandes la cual estuvo a punto de ser tomada si no hubiera sido por la llegada oportuna de refuerzos al mando del general Samuel García Cuéllar. Los revolucionarios sufrieron la primera seria derrota. Madero estuvo a punto de ser capturado pero logró escapar y retirarse en orden con el resto de su diezmada tropa. El general García Cuéllar recibió un balazo en una mano, siendo necesario amputársela desde luego. No obstante, no quiso entregar el mando a su segundo, el coronel Eguía Liz. Esto originó larga discusión y pérdida de tiempo. Si esto no hubiera sucedido, piensa el licenciado Ramón Prida, Madero hubiera caído en poder de las tropas federales, se hubiera consumado la derrota de los alzados y ese día, tal vez, hubiera terminado la Revolución. No estamos de acuerdo con la opinión del señor Prida. Todo eso que dice pudo haber sucedido: aprehensión de Madero y completa derrota de los maderistas.

Hasta podemos suponer algo más: que Madero hubiera sido fusilado. Pues bien, ni en ese caso extremo hubiera terminado la Revolución. Lo episódico hubiera sido distinto pero no se hubiera modificado en lo fundamental el cauce del río caudaloso de la historia; porque cuando hay desajustes en la vida social de un pueblo, y eso pasaba precisamente en México, existen fuerzas que actúan para restablecer el equilibrio perdido. El caudillo es secundario, que si perece en la ucha, siempre aparecerá uno nuevo para ocupar su puesto.

Un episodio que no debe pasar inadvertido en este breve relato, es la invasión de Baja California a fines de enero de 1911, por un grupo de mexicanos, norteamericanos y de otras nacionalidades, dirigido por Ricardo y Enrique Flores Magón. Este movimiento no tenía ninguna conexión con los maderistas de Chihuahua y de otras entidades federativas; fue del todo independiente y obedeció a ideas radicales de profunda transformación social. No pocos mexicanos, tanto partidarios del Gobierno como de los revolucionarios de Madero, se alarmaron al recibir la noticia de la toma de Mexicali por los magonistas —llamémosles así— más que por otra causa por miedo a la intervención de los Estados Unidos. Los magonistas tomaron también Tijuana; pero días después fueron completamente derrotados por las tropas de Celso Vega, jefe político de Ensenada. Según nuestras noticias no es cierto que los Flores Magón intentaran organizar una república independiente en la Baja California, como se dijo por aquellos días en algunos periódicos y posteriormente por escritores mal informados. Los Flores Magón se lanzaron a la lucha armada de acuerdo con los principios del anarquismo internacional, que aspiraban a convertir en bases para la reorganización económica, social y política de México.

Por otra parte, veinte mil soldados norteamericanos se movilizaron a lo largo de la frontera con México. El Gobierno de Díaz pidió el retiro de esas tropas. Washington no lo hizo y dio la pueril explicación de que se trataba simplemente de maniobras militares periódicas. El hecho influyó psicológicamente tanto en el ánimo de los porfiristas como en el de los revolucionarios, y explica en parte el desarrollo de los acontecimientos posteriores. El recuerdo de 1847, la sombra trágica de los Estados Unidos proyectándose una vez más sobre el territorio de México, sobre el corazón de un pueblo en lucha por conquistar un poco de pan y un poco de libertad.

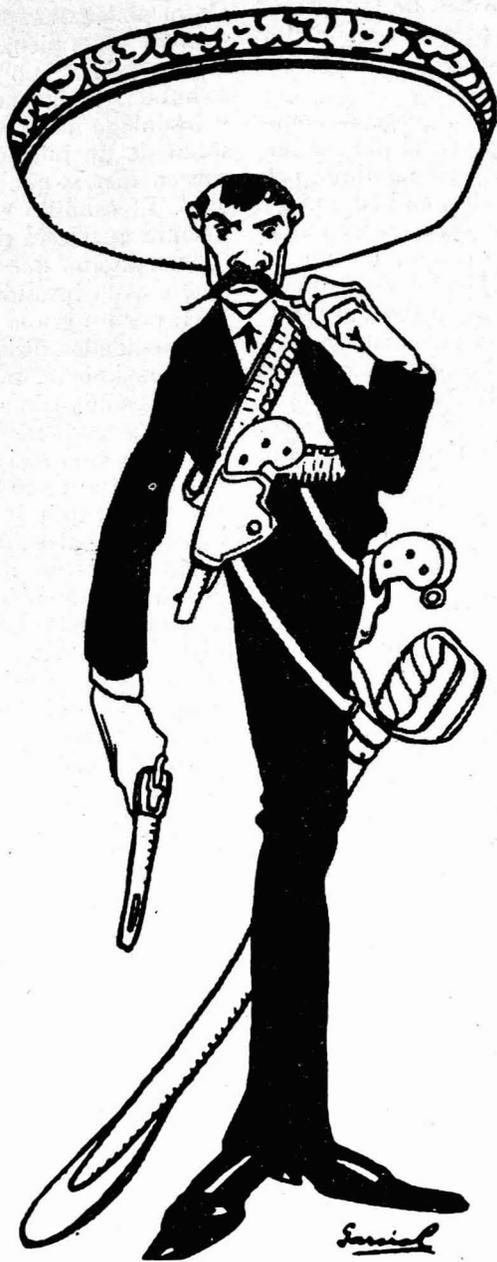
En el curso del mes de marzo se lanzan a la lucha en el Estado de Morelos Torres Burgos y los hermanos Zapata. El primero muere apenas iniciada la campaña. En Guerrero también se aprestan a la lucha armada Ambrosio Figueroa, Juan Andrew Almazán y José I. Lugo. En otras partes hay también brotes revolucionarios. El ejército federal comienza a no darse ya tiempo para combatir tantos focos de sedición y cada día empeora más la situación militar del Gobierno. El 16 de marzo el Gobierno de Díaz expide un decreto suspendiendo las garantías individuales en todo el territorio nacional.

Mientras tanto en Nueva York, de regreso de Europa, el señor don José Ives Limantour, ministro de Hacienda del régimen porfirista, conferencia con el doctor Vázquez Gómez,

Comentarios sobre la fuga de Villa



Caricatura de Santiago R. de la Vega, *Multicolor*, 1912.



Zapata, por Cabral, *Multicolor*, 1911.

con don Venustiano Carranza y con algunos de los miembros de la familia Madero. Limantour, como es bien sabido, era la persona más influyente en el Gobierno de Díaz. El objeto de esas conferencias no fue otro que el de cambiar impresiones acerca de los medios para restablecer la paz. Limantour temía a la intervención armada de los Estados Unidos y lo mismo los del bando opuesto. Había que hacer la paz a toda costa; había que poner a salvo la integridad del territorio y la soberanía de la República. De modo que poco a poco se fue creando una psicosis pacifista entre buen número de los principales miembros del Gobierno y de la Revolución.

Todo parece indicar que a mediados del mes de marzo ni Madero ni Vázquez Gómez juzgaban indispensable la renuncia del viejo dictador para hacer la paz. En cambio, según Manuel Calero, para él, como para muchos, Limantour llegó a México en marzo de 1911 con el bien definido propósito de sacrificar al general Díaz. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que bien pronto se hizo sentir la presencia del ministro de Hacienda en la capital de la República. El general Díaz, viejo y achacoso —había cumplido 80 años—, ante la gravedad de la situación se dejó guiar por los consejos de aquél. “El Presidente —dice el mismo Calero— ya no tenía conciencia cabal de sus actos.” Y agrega: “la conducta de Limantour no sólo fue torpe, sino falaz y traicionera”. Todos convienen en que desde su regreso de Europa, Limantour abandonó a su suerte al grupo científico, del que había sido jefe durante largos años, y que muchos de sus actos por aquellos días dramáticos resultaban oscuros e inexplicables para sus amigos más cercanos. La explicación de que el ministro de Hacienda abandonara a su suerte a los llamados científicos, quizá se

encuentra en los compromisos contraídos con don Bernardo Reyes en París, franco enemigo de aquéllos.

El 24 de marzo el general Díaz hace cambios importantes en su Gabinete, probablemente para facilitar las negociaciones de paz en proyecto y de acuerdo con el señor Limantour. El viejo león con el peso de los años había perdido su bravura y su decisión. El nuevo Gabinete quedó formado de la manera siguiente: Relaciones, Francisco León de la Barra; Gobernación, Miguel Macedo, con el carácter de subsecretario Encargado del Despacho; Justicia, Demetrio Sodi; Instrucción Pública, Jorge Vera Estañol; Fomento, Manuel Marroquín y Rivera; Comunicaciones, Norberto Domínguez; y en Hacienda y en Guerra quedaron los mismos: Limantour y González Cosío, respectivamente. No todos los hombres nuevos superaban a los antiguos. En algunos casos eran notoriamente inferiores como en el ramo de Instrucción Pública. Entre el maestro Justo Sierra y el abogado Vera Estañol había una enorme distancia a favor de aquél. Esto se ve hoy con mayor claridad que entonces; porque mientras la personalidad de uno ha crecido, la del otro se ha achicado de tal modo que ya apenas se advierte en el marco de la cultura nacional. Sierra había tenido dificultades y discusiones un tanto agrias con el ministro de Hacienda a propósito de problemas educacionales, en relación con el presupuesto de egresos. El educador y el hacendista no se entendían del todo bien; tenían opiniones divergentes en cuestiones fundamentales. Limantour creía que la inversión de capitales extranjeros en México nos traería el bienestar y la felicidad; Sierra pensaba que tales inversiones eran peligrosas porque nos subordinaban a otros países y a la larga podría comprometerse la independen-

cia nacional. Y a Limantour se le presentó la oportunidad de deshacerse de un colega molesto, indeseable y peligroso.

El hecho de que quedara al frente de la Secretaría de Guerra y Marina el anciano general González Cosío, se explica porque don Porfirio no aceptó a última hora al general Bernardo Reyes, que había sido propuesto por Limantour. Reyes y Limantour, antiguos adversarios políticos, se habían reconciliado al encontrarse en más de una ocasión en la capital de Francia. Lo que sí aceptó el presidente Díaz fue que al general Reyes se le llamara de Europa con el propósito de encargarlo de la campaña en contra de los revolucionarios. Así se hizo cablegráficamente, pero como los acontecimientos se precipitaron, se le ordenó que esperara en La Habana hasta nueva orden. Cuando Reyes pisó tierra mexicana la Revolución había triunfado.

El 1º de abril, acompañado de su nuevo y flamante Gabinete, el general Díaz se presentó a leer su informe ante el Congreso de la Unión. Lo más importante, más todavía, lo más sensacional de tal documento político, fue el anuncio de que muy en breve se enviaría a las Cámaras un proyecto de ley para hacer efectivo el sufragio y para establecer el principio de la no reelección. Con esta medida el general Díaz trató de arrebatar la bandera de lucha a los revolucionarios. De seguro fue demasiado tarde. Don Porfirio había perdido ya la confianza de la nación y los efectos de la medida fueron enteramente contrarios a lo que él y sus más cercanos consejeros esperaban. La actividad revolucionaria continuaba sin tregua, con nuevos éxitos y cada vez con mayor ardor y decisión.

Desde comienzos de abril iniciaron gestiones de paz los señores Oscar Braniff y Toribio Esquivel Obregón, celebrando entrevistas con personas destacadas de la familia Madero. Esquivel Obregón y Braniff aseguraban por aquellos días que obraban por cuenta propia, sin ninguna representación oficial; mas la verdad no era ésa; la verdad era que habían sido enviados por el ministro Limantour. El doctor Vázquez Gómez sostuvo la opinión de que no debían llevarse a cabo pláticas sobre arreglos de paz sino tan sólo con representantes del Gobierno formalmente acreditados, con lo cual sería posible obtener de los Estados Unidos el reconocimiento de la beligerancia, es decir, algo así como la legitimidad desde un punto de vista internacional del movimiento revolucionario.

Mientras tanto Madero reúne todos sus elementos de combate y se aproxima a la población fronteriza de Ciudad Juárez, con el propósito de atacarla. Avanza con la gente de Pascual Orozco, Francisco Villa, José de la Luz Blanco, Marcelo Caraveo, José Inés Salazar, Emilio Campa y un tal José Garibaldi, descendiente, según se decía entonces, del gran héroe italiano. Total: muy cerca de tres mil hombres. Esto alarma al Gobierno porfirista de igual manera que al doctor Vázquez Gómez y a otros revolucionarios. Lo de siempre: el miedo a nuestros vecinos. Aquí es oportuno recordar las pa-

labras de alguien que no hemos podido identificar: "¡Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!"

Las fuerzas revolucionarias llegan frente a Ciudad Juárez. Entonces convienen en firmar un armisticio, don Francisco I. Madero por una parte, y por la otra el general Juan Navarro, defensor de la plaza. Inmediatamente principian las negociaciones de paz. El Gobierno del general Díaz nombra su representante al licenciado Francisco Carbajal y el jefe de la Revolución al doctor Vázquez Gómez, al licenciado José María Pino Suárez y a Francisco Madero padre. Después de varios días fracasan las negociaciones. El último día del armisticio termina el 6 de mayo.

El caudillo de la Revolución, según nuestro parecer y otras opiniones, tuvo siempre grandes simpatías por Limantour y creía que era indispensable su permanencia en la Secretaría de Hacienda. Además, cuando comenzaron las conversaciones de paz, Madero no pensaba que fuera necesaria la renuncia del general Díaz. Vázquez Gómez sostuvo parecer contrario. A su juicio no debía firmarse la paz sin la renuncia del autócrata y sin que quedara definitivamente fuera del Gobierno don José Ives Limantour. La opinión de Vázquez Gómez prevaleció y por eso se rompieron las negociaciones. El 7 de mayo, el general Porfirio Díaz expidió un manifiesto dirigido al pueblo de México. En el primer párrafo se lee:

"La rebelión iniciada en Chihuahua en noviembre del año pasado, que, por las escabrosidades del terreno no pudo sofocarse a tiempo, ha soliviantado en otras regiones de la República las tendencias anárquicas y el espíritu de aventura, siempre latentes en algunas capas sociales de nuestro pueblo. El Gobierno que presido acudí, como era de su estricto deber, a combatir en el orden militar el movimiento armado, y en el orden político —el Presidente de la República en el informe que rindió ante el Congreso de la Unión, en primero de abril próximo anterior, declaró ante todo el país y ante todo el mundo civilizado, que era su propósito entrar en un camino de reformas políticas y administrativas— en acatamiento de las justas y oportunas demandas de la opinión pública. Es público y notorio que el Gobierno, desentendiéndose del cargo que se le hace de no obrar espontáneamente, sino bajo la presión de la rebelión, ha entrado de lleno en el camino de las reformas prometidas."

Tardíamente el Gobierno de Porfirio Díaz se había dado cuenta de algunas de las necesidades y aspiraciones del pueblo mexicano, que debieron haberse satisfecho años antes para evitar la guerra civil y sus consecuencias lamentables de pérdidas de vidas y de riqueza.

En los dos últimos párrafos del Manifiesto se expresa:

"El Presidente de la República, que tiene la pena de dirigirse al pueblo en estos solemnes momentos, se retirará, sí, del poder, pero como conviene a una nación que se respeta, como corresponde a un mandatario que podrá sin duda, haber cometido errores, pero que en cambio también ha sabido defender a su patria y servirla con lealtad.



P. E. Calles, por "Tu-tankamen", 1924.

"El fracaso de las negociaciones de paz traerá consigo la recrudescencia de la actividad revolucionaria. El Gobierno, por su parte, redoblará sus esfuerzos contando con la lealtad de nuestro heroico ejército para sojuzgar la rebelión y someterla al orden; pero para conjurar pronta y eficazmente los inminentes peligros que amenazan nuestro régimen social y nuestra autonomía nacional, el Gobierno necesita del patriotismo y del esfuerzo generoso del pueblo mexicano: con él cuenta y con él está seguro de salvar a la patria."

De manera que el 7 de mayo de 1911, vale la pena subrayar el hecho, el general Díaz anunciaba al país que dejaría el poder cuando se lo dijera su conciencia, y anunciaba también que ante el fracaso de las negociaciones de paz en Ciudad Juárez, el Gobierno iba a redoblar sus esfuerzos para combatir a los rebeldes y someterlos al orden; pero para lograrlo y salvar a la patria del peligro que amenazaba al régimen social y a la autonomía de la nación, es decir, de la anarquía y de la intervención extranjera, el viejo caudillo reclamaba la ayuda decidida y generosa del pueblo mexicano; reclamaba a la hora del peligro la ayuda generosa y decidida de un pueblo al que él, Porfirio Díaz, había olvidado desde hacía un cuarto de siglo.

Al terminar el último día del armisticio concertado entre don Francisco I. Madero y el general Navarro, sin que hubiera sido posible llegar a ninguna resolución, las fuerzas revolucionarias rodeaban Ciudad Juárez y se hallaban en varios lugares a un tiro de fusil de los defensores de la plaza. Muy a menudo soldados del Gobierno y maderistas se gritaban palabras soeces e injuriosas. Esto, precisamente, sucedió el 8 de mayo. Las injurias subieron de tono y comenzó el tiroteo que rápidamente se fue generalizando hasta transformarse en un ataque vigoroso y por todos los rumbos de la población fronteriza. Ya nadie pudo detener el ímpetu de los soldados de uno y otro bando. Después de tres días de rudos combates, Ciudad Juárez cayó en poder de la Revolución.

Inmediatamente después de ocupada la plaza y de resolver los problemas más urgentes, el señor Madero, en su carácter de Presidente provisional, nombró miembros de su Gabinete a las personas siguientes: doctor Francisco Vázquez Gómez, en Relaciones; licenciado Federico González Garza, en Gobernación; licenciado José María Pino Suárez, en Justicia; ingeniero Manuel Bonilla, en Comunicaciones; y señor Venustiano Carranza, en Guerra y Marina.

El general Juan Navarro, que durante la campaña militar en contra de los revolucionarios había sido cruel fusilando

en más de una ocasión a los prisioneros, era justificadamente odiado por las tropas de Orozco, de Villa y de los otros jefes maderistas. Al caer prisionero, Villa y Orozco trataron de pasarlo por las armas. Madero se opuso y a riesgo de su propia vida salvó la del general Navarro, llevándolo personalmente al lado norteamericano, acto generoso que disgustó a los jefes de la Revolución. El disgusto fue tal que Orozco y otros jefes iniciaron un movimiento de rebeldía en contra de Madero. Éste, al saberlo, se dirigió al lugar en que se encontraban los presuntos sublevados; le habló a la tropa en elocuente discurso y el peligro fue conjurado. Estos actos de generosidad y de valor de Madero, de que se ocupaban los periódicos de la capital de la República, principalmente *El País*, diario católico dirigido por el polemista Trinidad Sánchez Santos, aumentaron de modo sorprendente la popularidad del caudillo de la Revolución. El valor y la bondad son virtudes que siempre apasionan y entusiasman a los pueblos.

La victoria alcanzada por Madero y sus huestes en Ciudad Juárez tuvo una importancia considerable en los acontecimientos posteriores. La opinión pública se inclinó decididamente a favor de Madero y todos los días aparecían en diferentes lugares de la nación numerosos grupos armados. El doctor Francisco Vázquez Gómez, que se oponía al ataque a Ciudad Juárez por temor a los Estados Unidos, escribe en sus *Memorias políticas*: "Convengo, claro está, en que la toma de Ciudad Juárez sin incidente internacional, contribuyó grandemente al triunfo de la Revolución; más por su influencia moral, que fue decisiva, que por su importancia militar." Y el miembro del grupo científico, licenciado Ramón Prida, dice por su parte en su libro *De la dictadura a la anarquía*, sobre el mismo asunto: "La caída de Ciudad Juárez fue el golpe de gracia al Gobierno del general Díaz. Con una sola batalla ganada, con la toma de una plaza sin importancia, como Ciudad Juárez, la revolución iniciada en noviembre de 1910 había triunfado. No eran las armas, sino la opinión pública, la que venció." Lo cierto es que muy pocos días después de la caída de Ciudad Juárez, se concertó otro armisticio entre el Gobierno de don Porfirio y la Revolución. Se nombraron los mismos plenipotenciarios y se reanudaron las pláticas para restablecer la paz.

El radicalismo y la intransigencia de Vázquez Gómez triunfó al fin sobre la opinión moderada de la familia Madero y la del jefe de la Revolución. Estos estaban conformes en que continuara en el poder el general Díaz y su ministro de Hacienda, mientras aquél juzgaba indispensable la renuncia de ambos para garantizar el triunfo de los ideales por



los que se había luchado, por los que se habían destruido no pocas riquezas y segado numerosas vidas.

El día 21 de mayo por la noche, frente a la Aduana de Ciudad Juárez, se firmó el convenio de paz que se transcribe a continuación:

“En Ciudad Juárez, a los veintiún días del mes de mayo de mil novecientos once, reunidos en el edificio de la Aduana fronteriza, los señores licenciados Francisco S. Carvajal, representante del Gobierno del señor general D. Porfirio Díaz; D. Francisco Vázquez Gómez; D. Francisco Madero y licenciado D. José María Pino Suárez, como representantes los tres últimos de la Revolución para tratar sobre el modo de hacer cesar las hostilidades en todo el territorio nacional y considerando:

“*Primero.* Que el señor general Porfirio Díaz ha manifestado su resolución de renunciar la Presidencia de la República, antes de que termine el mes en curso;

“*Segundo.* Que se tienen noticias fidedignas de que el señor Ramón Corral renunciará igualmente a la Vicepresidencia de la República dentro del mismo plazo;

“*Tercero.* Que por ministerio de la ley el señor licenciado don Francisco L. de la Barra, actual secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno del señor general Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación y convocará a elecciones generales dentro de los términos de la Constitución;

“*Cuarto.* Que el nuevo Gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad para satisfacerlas en cada Estado dentro del orden constitucional y acordará lo conducente a las indemnizaciones de los perjuicios causados directamente por la Revolución, las dos partes representadas en esta conferencia, por las anteriores consideraciones, han acordado formalizar el presente

CONVENIO

“*Único.* Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del Gobierno del general Díaz y las de la Revolución; debiendo éstas ser licenciadas a medida que en cada Estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la paz y el orden públicos.

“*Transitorio.* Se procederá desde luego a la reconstrucción o reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas.

“El presente convenio se firma por duplicado.”

Claramente se ve que el convenio fue una transacción entre el Gobierno y la Revolución, puesto que desde aquellos momentos don Francisco I. Madero ya no pretendió ser el Presidente provisional de la República.

Blas Urrea, que conocía bien la realidad política, social y económica del país, se dirigió a Madero por medio de una carta abierta que apareció publicada en varios periódicos. La carta tiene tal significación y tales méritos, que vale la pena reproducir aquí por lo menos algunos de sus párrafos. Blas Urrea escribió:

“Las revoluciones son siempre operaciones dolorosísimas para el cuerpo social; pero el cirujano tiene ante todo el deber de no cerrar la herida antes de haber limpiado la gangrena. La operación, necesaria o no, ha comenzado: usted abrió la herida y usted está obligado a cerrarla; pero guay de usted, si acobardado ante la vista de la sangre o conmovido por los gemidos de dolor de nuestra patria cerrara precipitadamente la herida sin haberla desinfectado y sin haber arrancado el mal que se propuso usted extirpar; el sacrificio habría sido inútil y la historia maldecirá el nombre de usted, no tanto por haber abierto la herida, sino porque la patria seguiría sufriendo los mismos males que ya daba por curados y continuaría además expuesta a recaídas cada vez más peligrosas, y amenazada de nuevas operaciones cada vez más agotantes y cada vez más dolorosas.”

Le dijo que su responsabilidad es tal que “si no acierta a percibir con claridad las reformas políticas y económicas que exige el país, correrá usted el riesgo de dejar vivos los gérmenes de futuras perturbaciones de la paz, o de no lograr restablecer por completo la tranquilidad en el país”.

Blas Urrea tuvo razón al sospechar lo que sospechó. El cirujano don Francisco I. Madero cerró la herida precipitadamente sin extirpar la parte gangrenada; no pudo ver con claridad las reformas económicas y sociales que reclamaba el pueblo mexicano, y dejó vivos los gérmenes de nuevas y prolongadas perturbaciones.

Por otra parte, fue seguramente un serio error del Convenio de Ciudad Juárez el compromiso de licenciar las tropas maderistas contraído por los plenipotenciarios de la Revolu-



ción. Los licenciamientos, no obstante que sólo parcialmente se llevaron a cabo, produjeron hondo malestar y descontento entre los que habían arriesgado la vida para combatir al régimen porfirista, originando desde luego y poco más tarde, múltiples y graves problemas de muy difícil solución.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que después del triunfo de Ciudad Juárez crecieron, con explicable rapidez, numerosas fuerzas rebeldes improvisadas que tomaron fácilmente buen número de poblaciones importantes. La prensa del país, antes gobiernista, fue dando el viraje con rapidez sorprendente a favor de Madero y de su causa.

En la ciudad de México se anunció que el general Díaz y el señor Corral presentarían las renunciaciones de sus cargos el día 24 de mayo. Las tribunas de la Cámara de Diputados se llenaron de un público expectante y entusiasta. Al no presentarse las renunciaciones comenzaron los gritos y las protestas ruidosas del público. Las personas que ocupaban las tribunas y las que esperaban en las calles organizaron una manifestación, vitoreando a Madero y lanzando mueras al general Díaz. Varios edificios fueron lapidados. La muchedumbre a cada instante más desordenada y agresiva se dirigió al Palacio Nacional. La tropa hizo fuego y quedaron tendidos sobre el asfalto manchado de rojo doce muertos y veinte heridos.

El general Díaz no estaba dispuesto a presentar su renuncia. Parece que vaciló hasta los últimos momentos. Un grupo de generales le pedía que continuara en el poder y le ofrecían ir a pelear en los campos de batalla; sus familiares, Limantour, De la Barra y Vera Estañol—según José R. del Castillo en su *Revolución social de México*—ejercían presión en él para arrancarle la renuncia. Al fin cedió el orgullo del octogenario. Su renuncia y la de Corral fueron presentadas el día 25. La renuncia de Corral se aceptó por unanimidad; la de Díaz se aceptó; pero hubo dos votos en contra: el de Benito Juárez Maza y el de José Peón del Valle. Hermosa actitud romántica, totalmente inútil, del uno y del otro.

La renuncia del general Porfirio Díaz a la Presidencia que ocupara durante treinta años es un documento histórico que merece reproducirse aquí:

“El pueblo mejicano, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado de honores, que me proclamó su caudillo durante la guerra internacional, que me secundó patrióticamente en todas las obras emprendidas para robustecer la industria y el comercio de la República, fundar su crédito, rodearle de respeto internacional y darle puesto decoroso ante las naciones amigas; ese pueblo, señores diputados, se ha insurreccionado en bandas milenarias armadas, manifestando que mi presencia en el Supremo Poder Ejecutivo es la causa de la insurrección.

“No conozco hecho alguno imputable a mí que motivara ese fenómeno social; pero admitiendo sin conceder que puedo ser culpable inconsciente, esa posibilidad hace de mí la persona menos a propósito para raciocinar y decidir sobre mi

propia culpabilidad. En tal concepto, respetando como siempre he respetado la voluntad del pueblo, y de conformidad con el artículo 82 de la Constitución Federal, vengo ante la Suprema Representación de la Nación a dimitir el cargo de Presidente Constitucional con que me honró el voto nacional; y lo hago con tanta más razón, cuanto que para retenerle sería necesario seguir derramando sangre mejicana, abatiendo el crédito de la nación, derrochando su riqueza, cegando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales.

“Espero, señores diputados, que calmadas las pasiones que acompañan a toda revolución, un estudio más concienzudo y comprobado hará surgir en la conciencia nacional un juicio correcto, que me permita morir llevando en el fondo de mi alma una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas.”

López Portillo y Rojas, al referirse a la renuncia de don Porfirio, opina en términos nada favorables y hasta un tanto duros y apasionados. A tal respecto escribe estos dos párrafos: “El documento fue visto con frialdad por la mayoría y pareció que no estaba a la altura de las circunstancias. El único resultado profundo, inmenso, verdaderamente general que produjo, fue el de una desbordada alegría, porque se vio en él la terminación de la lucha y el cumplimiento de un anhelo popular.

“Entretanto, Díaz y su familia habían quedado solos, enteramente solos, en su mansión de la calle de Cadena. El autócrata había engañado a los científicos, a Limantour, a sus amigos, a sus partidarios; había jugado con todo y con todos, y en la hora suprema del descenso, de la caída, no había quien se le quisiese acercar. A solas y con el mayor sigilo, arregló su salida de la capital en tren expreso, que lo condujo a Veracruz... De nadie se despidió, ni de sus más fieles amigos; Limantour mismo ignoró su escapatoria.”

Es cierto, la renuncia no estuvo a la altura de las circunstancias; se mezclaban en ella la verdad y la mentira; el orgullo y la humildad; el reproche y el halago al pueblo que había gobernado despóticamente. Es cierto, al general Porfirio Díaz le faltó grandeza en el momento amargo de la derrota. No puede negarse que los mexicanos lo colmaron de honores pero no es cierto que lo hubieran proclamado su caudillo durante la intervención francesa. Él fue uno de los caudillos, no el único. Se vienen a la memoria los nombres de Benito Juárez, Ignacio Zaragoza, Mariano Escobedo, Santos Degollado y algunos más de primera fila, de la misma categoría que don Porfirio. Hace notar la importancia de la obra administrativa por él realizada y finge sorpresa por la insurrección de “bandas milenarias”. La última parte de la renuncia es patética. Espera confiado el juicio favorable sobre la obra realizada, y así morir llevando en el fondo de su alma la estimación de sus compatriotas. Murió en tierra extranjera el 2 de julio de 1915 y todavía espera el fallo definitivo de la historia.



El ex presidente salió de la ciudad de México para Veracruz el mismo día 25 de mayo. Lo acompañaron su familia, el general Félix Díaz y los señores Fernando y Manuel González. La escolta que custodió el tren estuvo al mando del general Victoriano Huerta, que tan siniestro papel habría de desempeñar poco más tarde en la historia de México. Su nombramiento, según Prida, "se debió a una casualidad, pues el general Díaz jamás le tuvo confianza". El parecer de Prida nos parece correcto.

Y el hombre extraordinario que rigiera los destinos de México durante varios lustros; el héroe y dictador; el octogenario cargado de experiencias, de gloria y de desengaños, se embarcó en el vapor *Ipiranga* rumbo a Europa el día 27 entre el aplauso, los vítores y las lágrimas del noble pueblo veracruzano. Ante la desgracia del anciano caudillo, el pueblo olvidaba los agravios sufridos y daba un claro ejemplo de su enorme nobleza.

Don Francisco León de la Barra ocupó la Presidencia de la República el 26 de mayo. Su Gabinete, designado de acuerdo con Madero, quedó integrado en la forma siguiente: Relaciones, Bartolomé Carbajal y Rosas; Gobernación, Emilio Vázquez Gómez; Justicia, Rafael L. Hernández; Instrucción Pública, Francisco Vázquez Gómez; Fomento, Manuel Calero; Comunicaciones, Manuel Bonilla; Hacienda, Ernesto Madero; Guerra y Marina, Eugenio Rascón. Solamente tres de los miembros del Gabinete eran revolucionarios. Los dos Vázquez Gómez y Bonilla. Rafael L. Hernández y Ernesto Madero eran parientes del caudillo de la Revolución triunfante, pero ligados al porfirismo. A Calero podemos clasificarlo como independiente y de ideas democráticas moderadas; a Carbajal y Rosas como diplomático de carrera y amigo de De la Barra, y a Rascón, simplemente como un viejo general.

El viaje de Madero de Ciudad Juárez a la capital de la República fue una marcha triunfal; fue vitoreado en todo el trayecto con entusiasmo delirante. El 7 de junio llegó a México a las doce treinta de la tarde. Lo esperaban cien mil personas para aclamarlo. Las muestras espontáneas, enteramente espontáneas de adhesión y cariño que le tributó el pueblo en esa ocasión, no habían tenido paralelo en la historia de México con caudillo alguno, excepción hecha, quizá, en la entrada de Iturbide al frente del Ejército Trigarante, al consumarse la Independencia política de México el 27 de septiembre de 1821. Y después del 7 de junio de 1910 no ha sucedido nada semejante, si se excluye la que tuvo lugar en marzo de 1938 con motivo de la expropiación de los bienes de las empresas petroleras.

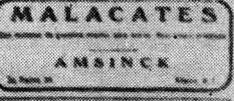
Pero en medio del júbilo popular algunos hombres despechados, llenos de odio, esperaban agazapados en la sombra la hora de la venganza.





EXCELSIOR

EL PERIODICO DE LA VIDA NACIONAL



MEXICO, D. F. - SABADO 22 DE MAYO DE 1920. NUMERO 1,141.

FUE ASESINADO EL SR. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, D. VENUSTIANO CARRANZA

El Horrendo Crimen fué Cometido Según Informes Oficiales por el ex-Federal Rendido Rodolfo Herrero, a la Una de la Mañana de Ayer, en un Punto Llamado Tlaxcalantongo y la Punta, Distante Cuatro Leguas de Villa Juárez, Puebla

General Francisco de P. Mariel que Llegó a Villa Juárez ya Salió para Recoger los Cadáveres del Primer Magistrado y de Seis Personas más de sus Acompañantes, para Conducirlos a Esta Capital

La mañana del día de ayer, en un punto denominado Tlaxcalantongo, habiendo resultado muerto el señor Carranza y seis de sus acompañantes, sin conocer aún los nombres de ellos.

El ex-federal Herrero se había rendido a las fuerzas de Mariel en el mes de marzo último.

En el Cuartel General del señor general de división don Pablo González, se han proporcionado más tarde, las copias de los partes oficiales que resultaron otros jefes, sobre este suceso, confiriéndose plenamente.

Estos partes los transcribimos a continuación:

LA PRIMERA INFORMACION

De Toluca, Hoc., a México, D. F., a 21 de mayo de 1920, 6:30 p. m. C. General de división P. González.—Tengo la honra de poner en el superior conocimiento de usted que en amplexión a mi conferencia de noche relativa a los datos que me transmitió el teniente coronel Barrera acerca de que el señor Carranza y su comitiva de hombres después de haberse dirigido a la Huasteca Veracruzana, que en conferencia que he tenido con el C. coronel Lindero Hernández este jefe me manifestó que después de conferenciado con el teniente coronel Balderrabano, resultó de este mismo un preciso conocimiento que se reuniría que había sido batido y capturado el señor Carranza por fuerzas de los generales Vega Bernal y Herrero en uno de los puntos denominados Tlaxcalantongo y La Punta, cuyos lugares están distantes cuatro leguas de Villa Juárez, Puc. El mismo coronel Lindero Hernández envió un propio acerca del teniente coronel Balderrabano a fin de que constara a rectificar dicha noticia. Seguiré informando, cuando convenientemente. El general JESUS S. NOVOA.

En la mañana del día de ayer, en un punto denominado Tlaxcalantongo, habiendo resultado muerto el señor Carranza y seis de sus acompañantes, sin conocer aún los nombres de ellos.

El ex-federal Herrero se había rendido a las fuerzas de Mariel en el mes de marzo último.

En el Cuartel General del señor general de división don Pablo González, se han proporcionado más tarde, las copias de los partes oficiales que resultaron otros jefes, sobre este suceso, confiriéndose plenamente.

Estos partes los transcribimos a continuación:

LA PRIMERA INFORMACION

De Toluca, Hoc., a México, D. F., a 21 de mayo de 1920, 6:30 p. m. C. General de división P. González.—Tengo la honra de poner en el superior conocimiento de usted que en amplexión a mi conferencia de noche relativa a los datos que me transmitió el teniente coronel Barrera acerca de que el señor Carranza y su comitiva de hombres después de haberse dirigido a la Huasteca Veracruzana, que en conferencia que he tenido con el C. coronel Lindero Hernández este jefe me manifestó que después de conferenciado con el teniente coronel Balderrabano, resultó de este mismo un preciso conocimiento que se reuniría que había sido batido y capturado el señor Carranza por fuerzas de los generales Vega Bernal y Herrero en uno de los puntos denominados Tlaxcalantongo y La Punta, cuyos lugares están distantes cuatro leguas de Villa Juárez, Puc. El mismo coronel Lindero Hernández envió un propio acerca del teniente coronel Balderrabano a fin de que constara a rectificar dicha noticia. Seguiré informando, cuando convenientemente. El general JESUS S. NOVOA.

UNO DE LOS ULTIMOS RETRATOS DEL SR. PRESIDENTE CARRANZA



CONFIRMACION DE LA NOTICIA

De Toluca, Hoc., a México, D. F., a 21 de mayo de 1920, 10:30 p. m. C. General de división P. González.—Con estos verbales a usted que por parte que me transmite el coronel Lindero Hernández, de Huasteca, se me ha informado que el señor Carranza fue asesinado por el general Mariel. El asesinato se cometió en Tlaxcalantongo, a las 11 horas de la mañana, por el general Mariel, que llegó a Villa Juárez ya tarde a recoger el cadáver para traerlo a Veracruz con los acompañantes, ignorándose aún cuántos sean éstos. Ya sé que Carranza se resquebrajó por ser esta la vía más acortada, sobre las instrucciones que usted tiene, a fin de comunicarme el particular. Aunque del cadáver del señor Carranza se desentendieron los de sus acompañantes, ignóscense aún qué...

...con Respetuosamente. El general J. S. NOVOA.

México, Mayo 21 de 1920.

El capitán 2do. jefe de la Compañía de Mecánicos del Cuartel General, J. C. ROSARIO GUEZ.

EL CORONEL FORTES EN LIBERTAD

Huasteca, Puc. 22 de Mayo.—General de división Pablo González.—Por medio de un comisionado a quien encargaré al señor Mariel en Villa Juárez, donde se encuentra el señor Carranza, este parte que el Sr. Carranza está en libertad y que ya se ha marchado hacia Veracruz. Llegó coronel Fortes que se halla en libertad en Veracruz, a Villa Juárez, donde se halla. Se que esta noticia será de gran importancia para el señor Carranza, ya que ya se ha marchado hacia Veracruz, a fin de que se le pueda dar el primer auxilio que le sea necesario. El coronel LINDERO HERNANDEZ.

SE AFIRMO LA CANDIDATURA DE LA HUERTA

Tudo Nosa Creer que el Sr. Villa Labrada tendrá Elección el Lunes Próximo en el Estado, si será por una Apetante Mayoría.

LA ADMISION DE LOS SENADORES

En la Alta Cámara al fin se ha logrado unificar la Opinión, y ésta es favorable del todo al Sr. De la Huerta.

UN ESCANDALO EN EL PALACIO DEL MUNICIPIO

Como éste no Obsequia el Estado, se Presenta un Escándalo que fué Suprimido por el Sr. Carranza.

El Sr. Carranza se ha marchado hacia Veracruz, a fin de que se le pueda dar el primer auxilio que le sea necesario. El coronel LINDERO HERNANDEZ.

MIEMBROS DE LA HUERTA

El Sr. Carranza se ha marchado hacia Veracruz, a fin de que se le pueda dar el primer auxilio que le sea necesario. El coronel LINDERO HERNANDEZ.

EL SR. CARRANZA EN LA HUERTA

El Sr. Carranza se ha marchado hacia Veracruz, a fin de que se le pueda dar el primer auxilio que le sea necesario. El coronel LINDERO HERNANDEZ.